



Hassan II sigue siendo un monarca absoluto.

Marruecos

El poder gana siempre

MARRUECOS, al terminar la guerra mundial, era un sultanato de estructura medieval ocupado por una potencia europea, Francia, según la fórmula de protectorado. Esta fórmula ya prácticamente desaparecida indica que el Estado "protegido" mantiene su propio Gobierno y dirige sus asuntos internos y tienen algunos poderes y jurisdicciones, pero no su total soberanía. Ni sus relaciones exteriores. En la práctica, es una colonia. Francia estaba representada en Marruecos por un alto comisario y una estructura administrativa, militar y policíaca. Una pequeña parte de Marruecos estaba bajo protectorado español. Teóricamente dependía del Sultán, representado por el jalifa —jalifa significa delegado—, pero en la realidad, España dirigía la totalidad de sus asuntos en su zona. Francia se enfrentó continuamente con movimientos de independencia. A partir de la guerra, estos movimientos estuvieron fomentados por los Estados Unidos, con negociaciones secretas y a veces directas con el Sultán, Sidi Mohammed. Una entrevista entre Roosevelt y Sidi Mohammed prometería una independencia para Marruecos a cambio de una renovación de estructuras, de una busca de democracia en sustitución del feudalismo. Y, desde luego, de

una relación estrecha con Estados Unidos. La política de Estados Unidos era prácticamente la misma en todos los países colonizados: fortalecer su idea de separación de las metrópolis a cambio de relaciones especiales con Estados Unidos y de una simulación de democracia y libertades públicas. Se conseguía así desmembrar los grandes imperios europeos —ya, prácticamente, sólo había dos, el de Francia y el de Gran Bretaña: España, Holanda,

plia libertad. Grupos y partidos políticos, especialmente el Istiqlal, que tenía carácter de movimiento —Istiqlal significa independencia— lucharon contra Francia en favor del regreso del Sultán: otros grupos eran más radicales, más revolucionarios. Querían no solamente la evicción de Francia, sino también la transformación de las estructuras interiores. Formaron un Ejército de Liberación. Lo cual no entraba en los cálculos de los Estados Uni-

La monarquía se hizo hereditaria, cuando hasta entonces el Sultán lo elegían los señores feudales, los chorfa —plural de cherif— y los ulmas —jefes religiosos, sabios— de entre las dinastías posibles. Comenzó a hablarse de trono en un país donde nunca hubo sillas —sí divanes, cojines— y de Corona en un país que sólo se había tocado con turbantes; se busca a una homologación con los regímenes occidentales. Autorizó los partidos políticos, el Parlamento, las elecciones. Mohammed V respetaba el pacto, y aún permitió el acceso al poder a grupos de una cierta izquierda. Había designado como preceptor de su hijo al dirigente de la izquierda Ben Barka, que años más tarde sería asesinado en París por el general Ufki, ministro de Hassan II. Pero Mohammed V murió sin terminar su obra, y ésta quedó en manos de su hijo.

Hassan II respetó apenas las estructuras creadas por su padre. Aún mantuvo el Parlamento durante un par de años, pero mediatizado por unas elecciones que nunca fueron sinceras. Flanqueado por el siniestro general Ufki, apagó en sangre todas las protestas populares y destruyó la oposición, de la izquierda y de la derecha, pero, sobre todo, aquélla, con el "descubrimiento" de sucesivos complots

Juan Aldebarán

Bélgica y algún otro país como Portugal ocupaban territorios menores— y crear una red de países bajo influencia directa de Estados Unidos. Iba a ser el neocolonialismo.

Francia se resistió a la pérdida de Marruecos. Con medidas políticas y con autoridad y fuerza. Llegó a destituir al Sultán y a sustituirlo por otro —Ben Arafa— dóctil a su colonialismo. Sidi Mohammed partió al exilio, que le llevó hasta Madagascar; pero Francia sólo consiguió aumentar la importancia de su figura como encarnación de su pro-

dos. Cuando Francia se retiró de Marruecos, aún continuó ayudando al Sultán repuesto a combatir al Ejército de Liberación, que fue prácticamente exterminado. El entonces príncipe Hassan hizo sus primeras armas en esta lucha contra los revolucionarios de su país.

Mohammed cumplió o intentó cumplir el pacto con los Estados Unidos a cambio de la independencia obtenida: creó un régimen de estructura democrática. Dejó de ser el Sultán Sidi Mohammed para convertirse en Rey constitucional con el nombre de Mohammed V.

El poder gana

contra su persona, que terminaron todos en penas de muerte —ejecutadas— para quienes no pudieron huir a tiempo (Ben Barka huyó a tiempo, pero fue asesinado). La cáscara de los partidos permanecía, pero no sus hombres. La Unión Nacional de Fuerzas Populares, que representaba un socialismo, se quedó sin sus dirigentes y se desnaturalizó. En 1965, Hassan II disolvió al Parlamento y su monarquía pasó a ser "monarquía administrativa", utilizando los poderes de excepción que se había reservado constitucionalmente. Más tarde vino de nuevo un remede de Parlamento y de elecciones, una fórmula de conciliación con los grandes partidos: pero la autocracia no se acabó nunca.

Vinieron más tarde los misteriosos asuntos de los atentados y de la muerte de Ufki. No es fácil, en una lógica occidental y en un análisis político, concordar con las versiones religiosas de que Hassan II —que sigue reuniendo en su figura la condición de jefe religioso del país— había salido indemne gracias a la "baraka", a la protección divina. El hecho es que su avión de pasajeros no fue alcanzado por los aviones de caza que le atacan, y que el Rey sobrevivió a la gran matanza de su palacio de verano: que a continuación hubo una enorme purga de militares de forma que el Ejército quedó libre de "sospechosos", y que el propio general Ufki fue asesinado, acusándole de crear las conspiraciones.

Este es el contexto en el que hay que considerar el alcance de las elecciones municipales que se celebraron la semana pasada; y por esta medida hay que juzgar de su libertad y de su representatividad. Se trataba de elegir 13.362 concejales en 930 comunas: los partidos políticos habían presentado hasta 43.000 candidatos, y el censo era de seis millones y medio de votantes. De los cuales, oficialmente, más del 45 por 100 son analfabetos, lo cual no dice mucho en favor de esta monarquía que reina desde hace veinte años, ni de la nación que fue protectora. Es posible que el número de analfabetos sea mayor: en las elecciones anteriores se habló de un 80 por 100 de analfabetos. Para suplir esta imposibilidad de leer, las papeletas de voto se han impreso en diferentes colores, uno por cada partido. Lo cual facilita mucho la labor de investigación en cada cabila, en cada aduar, cuando el cacique local trata de saber lo que vota cada uno. En realidad, según todos los testimonios, la campaña electoral se ha hecho con bastante libertad de pa-

labra, los propagandistas han podido criticar la situación existente y los partidos políticos han ejercido algún control sobre el desarrollo de las elecciones. Pero la televisión y la radio estatales pesan mucho más, sobre todo en país de analfabetos. Las acusaciones de caciquismo han obligado a la autoridad a destituir algunos notables locales, chiuks —jefes de grupo dentro de las tribus— o mokaddemin —tenientes de alcalde, jefes de barrio—: no han pasado de diecisiete.

Resultado previsto: ha ganado el Gobierno. Es decir, han ganado los "independientes". Los así llamados pertenecen a lo que una vez se llamó "el partido del Rey", y que ahora es un movimiento de políticos en el poder. Cuatro ministros, siete subsecretarios de Estado, el alto comisario para la promoción nacional —lo que aquí se llamaría ministro del Plan de Desarrollo— estaban a la cabeza de este movimiento de "independientes". Parientes del Rey y ex ministros —como Ahmed Alauí—, personajes de la Administración Pública, fieles de la autocracia reinante, los independientes se han llevado nada menos que el 64,43 por 100 de los votos. Sobre todo en las zonas rurales: es decir, en las zonas donde el feudalismo es mucho más patente que en las grandes concentraciones urbanas. Si en todos los países las circunscripciones agrarias son más conservadoras que las urbanas, en Marruecos la diferencia es mayor aún. Tras este grupo gubernamental, o continuista, aparece el Istiqlal, el viejo movimiento de independencia, con el 16,34. El Istiqlal llegó hace años, bajo la dirección del Fassi, y con el apoyo de Abdeljalak Torres, a tener un aspecto fascista: era el partido que hacía las grandes reclamaciones imperiales —las islas Canarias formaban parte de su expansión, y hasta se hablaba un poco de Andalucía, el antiguo Al Andalus— y que mantenía las posiciones más duras dentro de la derecha. En tercer lugar, el Movimiento Popular, con el 7,82; luego, la Unión Socialista de Fuerzas Populares, que fue un día el partido de Ben Barka, y hoy es una sombra, con el 6,54; finalmente, el Movimiento Popular Democrático y Constitucional, con el 3,38, y una serie de pequeños partidos con porcentajes iguales o inferiores al 1 por 100.

Movimientos previstos, resultados previstos. Los ritos de la democracia, las papeletas y las urnas han servido una vez más para consagrar una autocracia que sólo tenía necesidad de este ritual para dar un aspecto exterior de democracia, e interior de respeto a la constitución. Hassan II sigue siendo un monarca absoluto en un país que no tiene instrumentos reales de representación y al que no se permite siquiera la facultad de elaborar su opinión.

Los
CoNteM
poRa
ñEoS

LOS DEMOCRATAS ANTIDEMOCRATAS

LA democracia se palpa con las manos", dijo el presentador de "Ultima hora" en televisión, el jueves de la semana pasada. Palpar es un verbo con resonancias algo obscenas: palpa el rijoso a la opulenta, cuando no puede o no le dejan hacer otra cosa. Alguno se ha reprimido tanto, que se conforma con el palpar, aunque no haya un más allá. Es también verbo de ciegos, o de cegados. Se palpa en la oscuridad para de algún modo orientarse, no caer, no tropezar. ¿Llegaremos alguna vez al final del largo corredor oscuro, poblado de fantasmas? ¿Será nuestra alguna vez la doncella a la que se palpa en la oscuridad?

Bueno, depende de los "dispositivos correctores". Es una nueva expresión del improvisado vocabulario político que han introducido los ponentes de la Ley de reforma para precisar cómo van a ser las elecciones para el Congreso. Seguirán basándose en "criterios de representación proporcional", pero se aplicarán "dispositivos correctores" para evitar la excesiva fragmentación de la Cámara. ¿De quién será el criterio, de qué mente saldrán esos dispositivos? ¿Cómo va a ser la corrección? No salimos del corredor oscuro. A los viejos fantasmas se suman, ya, los nuevos. Quizá haya entre ellos un espíritu burlón.

La democracia, quizá, se palpe. Con las manos. "Deja las manos tranquilas", dicen las novias a los novios emprendedores (o quizá lo decían en el siglo XIX o a principios de éste, cuando se cantaba el "Cipriano"). No convendría que llegásemos a las manos. Ni que hagamos juegos de manos. Si se llega a las manos, se llega poco después a las porras. La mano cerrada es el puño y está definido oficialmente: "La dialéctica del puño y las pistolas". Porque de la porra se pasa a la pistola. Ya se ha visto.

Todos estos son fantasmas de estas tinieblas en las que queremos palpar. Tocamientos obscenos, pornografía política. Recurso de la impotencia. O zanahoria atada a la punta de un palo próximo, y siempre lejano, al hocico del burro de noria.

En esta noria estamos, en esta rueda de volver siempre sobre el mismo círculo. Las mismas personas, los mismos nombres, las mismas amenazas, las mismas prohibiciones. Con otro nombre. Porque también ha variado el vocabulario de la amenaza y la prohibición.

Aquellas mismas noches, aquel mismo jueves, aquel mismo locutor, explicó después que se estaba preparando una jornada de lucha, y leyó lo que hay que leer, lo que es oficial: para decir que quienes la fomentaban y la provocaban eran, sin duda, antidemócratas. Todo lo son y lo serán siempre ellos. Si llega el momento de palpar la democracia, serán ellos los que la palpen. Y si llegase un día el momento de poseerla, serán ellos quienes la posean.

Los demás, ya se sabe: de momento, son antidemócratas. Por eso se les puede perseguir. Son los mismos a los que antes se perseguía porque eran demócratas. Y a los que mañana se les perseguirá quién sabe por qué. Son los perseguidos de siempre por los perseguidores de siempre.

Que son, ahora, los verdaderos demócratas. ■

POZUELO